

EL ÚLTIMO ADIÓS

pseudónimo: Azul y Amarillo

La noche había caído silenciosamente sobre el pueblo cuando el joven aprendiz cruzó la calle principal. No se oía ningún ruido, salvo quizá el leve susurro sibilante del viento en cada cruce de caminos. El joven se detuvo frente a una puerta, miró en derredor como si temiese lo estuviesen siguiendo, suspiró y, con la mano temblorosa, golpeó con los nudillos y abrió la puerta en cuanto escuchó la invitación.

Dos hombres aguardaban las noticias. Uno, de mirada cansada pero firme, pasaba los sesenta y no parecía ansioso en demasía por escuchar un informe que ya conocía de antemano; sin embargo, el otro, joven imberbe todavía, apenas dio tiempo al recién llegado a traspasar el umbral de la puerta, cuando lo interpeló presuroso:

- Francisco, ¿qué ha dicho?

El recién llegado, de la misma edad, agachó la cabeza y torció el gesto.

Las noticias no eran buenas.

- Abate -dijo mirando al anciano- o Lo han confirmado: el decreto ha sido revocado. Debe volver vuestra merced a Italia.

El hombre asintió. El rey Carlos había permitido que los jesuitas volviesen a España en 1798, siempre y cuando lo hiciesen de forma individual, y el abate había aprovechado para asentarse en Barcelona con el fin de colaborar con Joan Albert Martí en la fundación de la Escuela Municipal de Sordomudos, además de proseguir con sus múltiples investigaciones en el archivo de la Corona de Aragón y en el Archivo de la Orden de Santiago en Uclés, lo cual dio lugar a la aparición de su Descripción del archivo de la Corona de Aragón, existente en la ciudad de Barcelona y noticia del archivo general de la Orden militar de Santiago en su convento de Uclés.

- Gracias, Francisco.

Cercano al lecho había un pequeño baúl abierto que el abate se dispuso a cerrar.

- Lorenzo -dijo una voz procedente del extremo más apartado de la puerta- o Quizá pueda hablar con ellos.

El abate sonrió. El ofrecimiento era Sincero, pero también sabía que nada cambiaría la decisión del rey, pues las presiones habían sido muchas.

Defender una mayor educación moral, civil y científica para las mujeres y propugnar una distribución más justa de la riqueza y de los salarios para lograr un mayor bienestar para la clase obrera no habían sido precisamente acogidas con agrado por la clase dominante, partidaria del status qua.

- Ya has hecho bastante -dijo el abate- o Te lo agradezco, Rodriga, pero ahora me toca a mí seguir un camino diferente al vuestro. Es la voluntad del Señor.

- Será la voluntad del rey -intervino Francisco, el recién llegado.

El abate frunció el ceño y pidió a su joven amigo cuidar el lenguaje. La blasfemia no era bien recibida en ninguna ocasión, y menos ahora, cuando tanta falta hacía la presencia conciliadora de un Dios comprensivo.

- Y la de los mecenas de nuestro pueblo -añadió el otro adulto de la casa.

Francisco miró a quien había hablado. Semanas atrás su viejo padre había sido atendido por aquel hombre y poco después había dejado de respirar. Ni tan siquiera el cura había podido llegar a tiempo para recibir la extremaunción y ahora se temía por la condenación eterna de su alma. Sólo debía mantenerlo con vida el tiempo suficiente, sólo eso ¿acaso era una petición tan imposible de cumplir para un médico?

- ¿Qué hace aquí el galeno?

- ¡Francisco! -reprendió el abate-o Don Rodriga hizo todo lo humanamente posible por tu padre, pero nada pudo contra la voluntad de Dios.

Había llegado la hora de tu padre, sólo eso. Y murió en paz.

Desde luego, el abate evitó mencionar la falta de la extremaunción; sin embargo, no hizo falta, pues en los ojos del joven notó que acataba su autoridad pero no aceptaba su palabra. Al menos, no en lo referente al médico.

Francisco bajó la cabeza para evitar cruzar su mirada con el supuestamente ofendido Rodriga.

- Perdona vuesa merced, Don Rodriga -dijo al fin-o Hablé sin pensar.

El médico aceptó las disculpas. No era el momento ni el lugar para iniciar una discusión. Además, comprendía perfectamente los sentimientos de Francisco. No podía culparlo por buscar un responsable para canalizar todos sus sentimientos reprimidos.

- Ayuda a Pablo -le dijo para cambiar de tema y olvidar el asunto- con el equipaje del abate. Os necesitará a su lado hasta la partida -recogió su sombrero de ala ancha de una mesa cercana y avanzó hasta la puerta, donde aún permanecía Francisco, para ponerle una mano sobre el hombro-o Vamos, joven, ya tendremos tiempo para hablar más adelante.

Miró a Lorenzo mientras se calaba el sombrero y le dijo:

- Voy a probar de todas formas. No pienso quedarme de brazos cruzados.

- Lo sé, amigo. Ve con Dios.

Don Rodrigo asintió y salió de la casa con cierto pesar reflejado en su rostro, aunque se cuidó muy mucho de no mostrarlo a los tres hombres de la casa. Ya había bastante tensión en el ambiente como para echar más leña al fuego.

Lorenzo avanzó hasta una pequeña alacena donde recogió dos libros:

Un pequeño ensayo sobre Teología, regalo de un jesuita a quien había conocido en su primer destierro en Italia en 1767, y una copia de De Optimo Republicae Statu deque Nova Insula Otopia, la obra de Tomás Moro donde se creaba un mundo idealizado influenciado, entre otras, por La República de Platón y las narraciones extraordinarias de Américo Vespucio.

- Abate -interrumpió Pablo señalando un manuscrito que descansaba sobre la mesilla de noche junto al camastro del hombre- ¿Os lleváis estos escritos?

No le dio tiempo al hombre a responder, pues Francisco dio un golpecito a su compañero en el hombro y, automáticamente añadió:

- Cómo no va a llevárselo, insensato ¿acaso no sabes que lleva trabajando en ello...?

- Tranquilo, Francisco -cortó el abate-o No tenía por qué saberlo, él no ha estado conmigo desde el principio como tú.

Francisco asintió. Su mentor tenía razón; no obstante, sintió la necesidad imperiosa de mostrar a su compañero la razón por la cual aquellos manuscritos eran tan importantes. Pidió permiso a Lorenzo para ejercer de maestro improvisado y se dirigió a Pablo entregándole, al tiempo que comenzaba a hablarle, partes seleccionadas del texto.

- Lee -le dijo.

Pablo comenzó a leer para sí hasta darse cuenta de lo que estaba leyendo.

- Es el padrenuestro -dijo- ¿Qué tiene de especial? -miró al abate-o Perdón, señor. No quería decir...

Lorenzo sonrió de forma nostálgica.

- Tranquilo, jovencito. No me has ofendido.

Francisco intervino de nuevo:

- Sigue leyendo.

Pablo lo hizo. A continuación encontró nuevas letras y palabras extrañas. Alzó la vista e interrogó con la mirada a su joven nuevo maestro para encontrar una respuesta increíble: se trataba del mismo padrenuestro en trescientas lenguas y dialectos diferentes. El manuscrito, aunque ni Pablo ni Francisco llegarían a saberlo tras la marcha de su maestro, era el borrador definitivo del Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas y enumeración, división y clases de éstas según la diversidad de sus idiomas y dialectos, una de las obras más importantes de Lorenzo García y Panduro, como lo bautizaron sus padres al nacer, aunque él terminaría usando el segundo de su padre, Hervás, y no el primero. En dicha obra su autor construiría la gramática de más de cuarenta de esas lenguas, superando en muchos aspectos todos los escritos sobre lingüística precedentes, incluyendo los de las famosas enciclopedias Palias y Mitrídates de Adelung-Vaten, lo cual, con el paso del tiempo y añadiendo otros estudios de importancia, convertiría al jesuita en el padre de la lingüística comparada.

- Y todo esto -Pablo dudó unos instantes antes de atreverse a concluir- ¿para qué? No me interprete mal, abate, es sólo que... no entiendo...

- Para hablar y escribir mejor, zote -le respondió Francisco.

Lorenzo añadió:

- Las lenguas -dijo entre distraído y ausente- no son sólo códigos de hablar, sino también métodos para hablar y pensar. Se trata de algo vivo, que evoluciona con la sociedad que la ha desarrollado; por tanto, van más allá de las simples palabras, son una visión del mundo y de la realidad, la esencia de lo que conforma la identidad de una nación.

Los dos aprendices había guardado riguroso silencio en señal de respeto para así poder escuchar con atención las palabras del maestro. El jesuita se había convertido en una eminencia a nivel mundial en lo referente a la lingüística, como probaban los elogios de Friedrich Wilhelm Christian Carl Ferdinand, barón de Humboldt, uno de los fundadores de la Universidad de Berlín; de Friedrich Maximilian Muller, primer exponente de la mitología comparada; o de Otto Jespersen, uno de los baluartes para el asentamiento de las bases científicas de la lingüística moderna. Sin embargo, esos logros no iban a servir para conseguir lo más anhelado por Lorenzo: permanecer en su pueblo natal de Horcajo de Santiago.

Con cierto pesar, pero aceptando los caprichos del destino, cerró con llave su baúl y se santiguó ante el crucifijo colgado sobre la cabecera de su camastro. Luego, acercándose a los jóvenes, puso sus manos sobre los hombros de ellos y les dijo:

- Gracias por vuestra compañía, por vuestra ayuda y por vuestra amistad. Me llevo el mayor regalo que podíais haberme entregado. Que Dios os bendiga.

Y, sin decir nada más, visiblemente emocionado, se acercó a la puerta, miró en derredor una última vez, y salió de allí sin volver la vista atrás. La despedida definitiva iba a ser tan amarga que no convenía retrasar más lo inevitable. Ni tan siquiera esperaba a la vuelta de su amigo Rodrigo, pues ya conocía de antemano la cara con la cual regresaría para informarle de que nada había conseguido en sus pesquisas por mantenerlo en Horcajo.

Francisco y Pablo, éste último con el manuscrito aún en la mano, cogieron cada uno por un asa el pequeño baúl, con las pertenencias de toda una vida, y siguieron al abate. Nunca regresaría. De todas formas, su legado permanecería entre los habitantes del pequeño pueblo, pues Lorenzo llegó a componer un catecismo para las escuelas de Horcajo y dejó una propuesta que sería debatida con posterioridad: la necesidad de asignar una paga semanal a los menores con el fin de no hacerles perder clases por el hecho de tener que ganarse la vida.

Con el paso cansado por los años transcurridos, pero firme como fue siempre a lo largo de toda una vida dedicada al servicio de Dios y de la humanidad, Lorenzo Hervás y Panduro abandonó España para regresar a la Italia de su primer destierro, cuando Carlos III decidió expulsar a todos los jesuitas convencido de que ellos habían sido los inductores del motín de Esquilache. Murió pocos años después en Roma, la ciudad elegida para

pasar sus últimos momentos, dejando en orden sus escritos, pues nunca dejó de ser un trabajador infatigable.